



5. Sermón Laico

Por José Ingenieros

La inercia frente a la vida es cobardía. Un hombre incapaz de acción es una sombra que se escurre en el anónimo de su raza. Para ser chispa que enciende, raja que ara, luego que templa, vendaval que arrasa, debemos con firmeza llevar el gesto hasta donde vuelve nuestra intención. No basta en la vida pensar llevar el gesto hasta donde vuelva nuestra intención. No basta en la vida pensar un ideal; hay que aplicar todo el esfuerzo a su realización.

Cada ser humano elabora su propio destino; miserable es el que malbarata su dignidad, esclavo el que se forja su cadena, ignorante el que desprecia la cultura, suicida el que vierte la cicuta en su propia copa. No debemos maldecir la fatalidad para justificar nuestra pereza; antes debiéramos preguntarnos en secreta intimidad: ¿volcamos en cuanto hicimos toda nuestra energía?, ¿pensamos bien nuestras acciones, primero, y pusimos... después en hacerlas la intensidad necesaria?

La energía no es fuerza bruta; es pensamiento convertido en fuerza inteligente, el que se agita sin pensar lo que hace, no es un enegeta, ni lo es el que como brújula que guía y hélice que empuja para ser eficaces. Ahonda más su arado el labriego para que la mies sea proficua; ponga el poeta más ternura para invitar corazones; repique más fuertes en el yunque el herrero que quiera vencer al metal.

El primer mandamiento de la ley humana es aprender a pensar, el segundo es hacer todo lo que se ha pensado. Aprendiendo a pensar se evita el desperdicio de la propia energía; el fracaso es simple ignorancia de las causas que lo determinan. Para hacer bien las cosas, hay que pensarlas certeramente; no les hacen bien los que las piensan mal, equivocándose en la valuación de sus fuerzas; como un niño errando el cálculo de la distancia diera en tistrar guijarros contra el sol que asoma en el horizonte. Nunca se equivoca el que ha aprendido a medias las cosas a que se aplica su energía, no se arredra jamás en que se ha educado su propia eficacia mediante el esfuerzo asiduo y sistemático. La confianza en el mismo es una elevación de la propia temperatura moral; llegando al rojo vivo se convierte en fe, que hace desbordar la voluntad con pujanza de avalancha. Así ocurre con los genios; cumplen todo ideal que piensan, sin detenerse ante la incomprensión de los demás, sin perder tiempo en discutirlo con los que no han pensado. Los hombres sin energía no dejan cosa alguna de provecho, dudan y temen equivocarse, porque no han sabido pensar. Y nunca adquieren esa confianza en sí mismos y esa fe en los resultados que permiten ejecutar empresas grandes. La apatía del indolente y el fracaso de los agitados se incuban en la ignorancia y en la rutina; la eficacia de la energía finca en la cultura y los ideales. La incapacidad de prever y de solar es el obstáculo que obstruye la expansión de nuestra personalidad.

Educando la energía, enseñando admirarla, se plasmaran los destinos de las naciones de América. Ninguna gran raza fue engendrada por paralíticos y obtusos; no pueden marchar lejos los tullidos, ni contemplar los ciegos el luminoso amanecer.